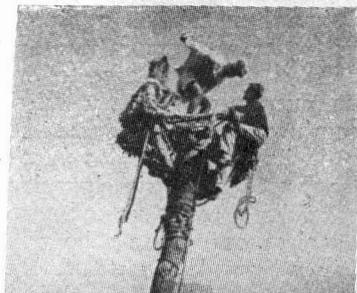


UNIVERSIDAD de México

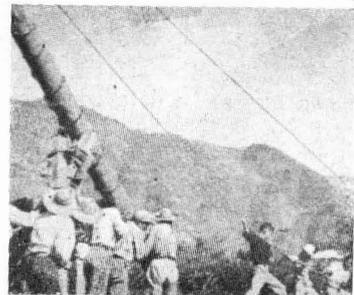
VOLUMEN VIII • NUMERO 9
MEXICO, MAYO DE 1954
EJEMPLAR: \$1.00

ORGANO OFICIAL DE LA U. N. A. M. • MIEMBRO DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE UNIVERSIDADES



ENCARAMADOS sobre un tronco de árbol cuya altura varía entre los veinticinco y los treinta metros, cinco hombres ejecutan la danza del volador, la más bella e impresionante entre todas las practicadas por los indígenas de México.

En lo alto del tronco se coloca un tambor móvil de 38 centímetros de diámetro. Cuatro cuerdas lo unen a un cuadrilátero de madera, suspendido un metro más abajo, en que están sentados cuatro hombres. Otros cuatro gruesos cables están arrollados al tronco entre el tambor y el cuadrilátero, y atados por la punta a la cintura de los hom-



y cuenta cómo se transporta el tronco a través de la montaña sin caminos, tarea de las más pesadas, que exigía centenares de hombres y largas jornadas de esfuerzo. "Pero —continúa— desde hace cuatro años es un camión petrolero, destinado al transporte de cañerías, el que lleva el tronco a la ciudad." Y me informa que el tronco sobre el cual se va a bailar está ya en su sitio. Me desilusionan estas modernizaciones, pero recibo con mucho placer la invitación a ir con ellos, en la mañana siguiente, al bosque en que cortarán los bejucos que deben arrollarse alrededor del tronco.

EL VOLADOR



bres. El quinto danzante se mantiene en pie sobre el tambor de madera, cuyo diámetro es de treinta y seis centímetros. Al terminar la danza, que dura cerca de dos horas, los hombres atados a las cuerdas se lanzan al vacío, poniendo en movimiento el cuadrilátero y el tambor. Las cuerdas se desenrollan en espirales cada vez más amplias, hasta que los hombres-pájaros llegan al suelo.

Muchas interpretaciones se han propuesto para dar con el

significado primitivo de esta danza, de innegable origen prehispánico: se ha hablado de danzas en honor del sol, de ceremonias dedicadas a la fertilidad de la tierra, a las lluvias... Hoy, el volador es parte indispensable de las fiestas que se celebran en Corpus Christi, en diversos lugares de la sierra de Puebla y en Papantla, Estado de Veracruz.

Apenas llegada a Papantla, me pongo en busca de los danzantes. Tengo la intención de seguir todas las operaciones que han de efectuarse antes de la fiesta, con esperanza de

comprender, siquiera en parte, el sentido de esta antigua ceremonia religiosa y el puesto que hoy ocupa en la mentalidad de los indígenas.

Por feliz casualidad, me encuentro con tres danzantes en casa de uno de los funcionarios del Municipio. Isidoro, el jefe de la danza, es hombre de unos treinta años, muy bajo de estatura, de mirada viva y penetrante. Sus dos compañeros, vestidos de blanco, a la totonaca, hablan español con dificultad. Isidoro se pone en seguida a explicarme la importancia que tiene el escoger y cortar adecuadamente el árbol,

A la mañana siguiente me encuentro con Isidoro y sus hombres en la plaza de la iglesia, muy atareados alrededor del palo. (En realidad, se han juntado dos pinos, por no haberse encontrado uno que fuese lo bastante alto.) Utilizando bejucos —algunos de los cuales tienen más de diez centímetros de espesor— a manera de hilo, hacen enormes puntadas alrededor del tronco: una especie de costura para gigantes. Cuando acaba una de las lianas, la unen a la se-

Por Laurette SEJOURNE

gunda con un nudo, después de flexibilizar los dos extremos retorciéndolos. Durante ese recio trabajo, sudorosos, conversan entre sí, sonriendo, en su lengua de inflexiones tan suaves que parece la que inventan las madres para hablar a los niños muy pequeños. Al otro lado de la plaza, dos presos, vigilados por un soldado de fusil y bayoneta, cavan, con increíble indolencia, el agujero en que se ha de afirmar el palo.

Me sorprende la poca curiosidad que los danzantes han despertado. Durante la operación de los bejuco; que ha durado varias horas, sólo algunos indios que van al mercado, y los niños que salen de la escuela, se han detenido por un instante. El volador es, sin embargo, la clave de las fiestas en Papantla, y se anuncia profusamente en toda la República y hasta en los Estados Unidos. Nunca hubiera imaginado *vedettes* más humildes y borrosas. Cualquier torero o actriz de tercer orden se atraería los honores de la población, mientras que los danzantes pasan del todo inadvertidos.

Desde la mañana, a pesar del insoportable calor, no han bebido nada. Ya hemos dejado bastante atrás la hora del almuerzo, y advierto que no piensan en comer. Invito a Isidoro a tomar un bocado en una cantina en que me he refugiado por la mañana para evitar la insolación, y acepta con toda sencillez.

Isidoro se muestra absolutamente escéptico en lo que toca a las creencias y tabús relativos a la danza, y mientras lo escucho llevo a sentir cierto despecho, como si me negara algo que me debía. (Mis conversaciones con sus compañeros me confirman luego esa misma indiferencia, racional e inesperada.) Después de reflexionar bien en lo que le pregunto, Isidoro contesta con lentitud y precisión: "Sí, ya sé lo que usted quiere decir... Precisamente en un libro que me han dado, dicen que 'todo eso' era, en otro tiempo, asunto muy delicado... Parece que había que ayunar doce días antes de la danza y doce días después... No, todo eso ya se acabó... (Se echa a reír de buena gana.) Solamente el que no tiene qué comer se queda con el estómago vacío... Dicen también que no se podía volar si no se usaba el palo llamado volador y si no se le transportaba y se le clavaba en el suelo con brazos de hombres... En realidad, las desgracias ocurrían porque ponían a cualquiera para jefe de la danza... Con un buen or-

ganizador no puede ocurrir nada. Mire usted, hace dos años, uno de los muchachos se fué con una muchacha al acabar de bailar... Todos sintieron miedo, es verdad, pero no pasó absolutamente nada. Y así, poco a poco, se da uno cuenta de que lo que se decía era falso."

Me llena de contrariedad tanta lógica y le hago una pregunta más, con la esperanza de que no todo se haya perdido; "Pero ustedes sacrifican todavía un pollo en el agujero, antes de plantar el tronco, ¿verdad?" "¡Qué va!" —exclama Isidoro con seriedad—. "Los pollos están muy caros... Si el jefe municipal nos da uno, sí, lo matamos; pero no vamos a pagarlo de nuestro bolsillo." Y es ése uno de los ritos más conocidos y del cual se habla mucho.

Al anoecer, voy a casa de Isidoro para ver su traje de danzante, que yo desearía comprar para el Instituto Nacional Indigenista. Es una casita de madera, de una sola habitación, con paredes tapizadas de cartelones de cines, y piso de tierra. Allí está también su mujer, una niña de quince a dieciséis años, más bien fea, y su hija de dieciséis meses. El traje, que Isidoro mismo ha confeccionado, es de raso rojo, todo recamado de perlas y lentejuelas. El gorro, cónico, como el de las hadas, está recubierto de espejitos redondos y flores de cera y coronado de un gran abanico de papel plateado. Multitud de cintas de colores cuelgan de la punta y flotan graciosamente a su alrededor.

Isidoro, me habla con orgullo de sus viajes y sus proyectos. Ya fué contratado a México y a Laredo y se les ofrece ahora ir a Tijuana. "Siempre tuve el presentimiento de que llegaría el día en que pudiera ir fácilmente de un lugar a otro. Y se ha cumplido." Le pregunto cómo llegó a hacerse danzante, y me explica: "Me gustó siempre la fiesta. Primero fuí músico en la banda de mi pueblo; luego intervine en varias danzas, pero ninguna me gustó, y decidí hacerme volador. Hice un aprendizaje de un año, y al cabo de este tiempo pedí a mi maestro que me dejara bailar sobre el tambor. No quiso. Yo tenía unas ganas tan irresistibles de bailar, que esa negativa me enfermó. Me quedé veinte días en cama con una fuerte fiebre, sin que pudieran descubrir la causa del mal. Una vez curado, tuve un sueño: estaba viendo bailar, y me invadía una desesperación sin límites porque sabía que nunca iba a bailar yo mismo.

Le conté este sueño a mi maestro y él me dijo: 'Quiere decir que tienes que llegar a ser un gran danzante.' Pocos días después, bailaba yo sobre un tronco de diecinueve metros de altura. No sentía ningún temor, ninguna emoción. Era como si bailara en tierra."

Ha puesto a su hija sobre sus rodillas y le habla con voz baja y amable. No es nada jactancioso. Es una buena persona que cumple su extraña artesanía con amor y aplicación. "Muchas veces me dicen que debo dejar este trabajo, pero por nada en el mundo dejaría de bailar... No es nada peligroso... Y además, se paga bien..." He calculado que gana por cada danza, poco más o menos, el doble de su paga diaria de carpintero.

Animada por el relato de su sueño-revelación, trato de averiguar si sabe el significado que puede tener el volador. Me asegura que no tiene significado alguno y que tampoco lo conocía su maestro; "Si no, me lo hubiera dicho". Yo insisto, sugiriendo la hipótesis de que ese juego podía atraer la lluvia o hacer más fértil la tierra y él se echa a reír ruidosamente repitiendo: "No... no..." Me siento avergonzada. Tengo la impresión de haber preguntado a una joven madre si es verdad la historia de la cigüeña.

A la mañana siguiente la plaza se ve invadida por un camión-mastodonte provisto de una grúa y una muchedumbre de diablos negros cubiertos de cascos, guantes y "overoles" que vienen de un campo petrolero. Mientras el conductor del camión hace patéticos esfuerzos para colocarse en lugar tan estrecho, desnivelado y rodeado de los frágiles puestos del mercado, alcanzo a ver por fin a los danzantes en actitud de creyentes: están todos delante del árbol ejecutando pasos de danza. José toca la flauta y el tambor e Isidoro rocía rítmicamente el tronco con aguardiente. Esta ceremonia está destinada a dejar contento al tronco y atraerse su benevolencia.

El garfio de la grúa agarra brutalmente el palo, que adquiere desde ese momento el triste aspecto de un animal enlazado. Se eleva por el aire y, a consecuencia de una mala maniobra, viene a colocarse sobre los puestos del mercado. Todo el mundo grita y los vendedores abandonan precipitadamente sus barracas, que quedarían aplastadas como castillos de naipes si el tronco cayera sobre ellos. Una

pieza de la grúa se quiebra, y el tronco rueda por tierra, pero sin que haya desgracias que lamentar. Hay que volver a empezar.

El tronco está otra vez atado a la cadena. Veo a Isidoro, el libre pensador, corriendo, con su botella de aguardiente en la mano, para arrojar una última bendición al agujero. El tronco, ya muy en lo alto, tiene el miserable aspecto de un cuerpo enfermo, y miro con inquietud la curva que hace la juntura de los dos árboles. La concurrencia sigue las maniobras como un número de circo cuando se sabe que hay peligro de muerte... De repente, se escucha un siniestro crujido: el tronco se ha partido en dos. Consternación general.

Al otro día, a las ocho, encuentro al grupito en pleno trabajo. Isidoro, con asombrosa energía y presencia de ánimo, ha decidido componer los dos troncos. Han trabajado hasta altas horas de la noche, y al alba ya estaban otra vez en la tarea. "No he dormido nada... tengo la impresión de haber estado velando a un muerto", me dice. Y agrega satisfecho: "Pero estaremos listos..." Me pregunto, llena de aprensión, cómo podrán bailar con ese cansancio, y le digo, para confortarlo, lo que he oído a los turistas: es evidente que nadie viene a Papantla sino para verlos. Me mira sonriendo, como un niño a quien consuelan con un caramelo.

Los dos troncos están otra vez juntos, y las lianas otra vez arrolladas: vuelve a aparecer el camión-mastodonte. La maniobra durará tres horas, al cabo de las cuales el tronco volverá a quebrarse. Isidoro parece abrumado, pero cuando una muchacha amiga le dice riendo: "Ya ves, yo te había dicho que se rompería", él le contesta, como si adivinara la respuesta que ella deseaba: "Entonces eres tú la que nos has echado el mal de ojo."

El sábado, por la mañana, llega un nuevo tronco. Es un pino de veintiocho metros que ha servido ya para bailar en otra ciudad. Esta vez son muchos los curiosos reunidos en la plaza, pues hace dos días que la danza debió comenzar. Extranjeros, fotógrafos de grandes periódicos que van de un sitio a otro con aire de autoridad, periodistas... Grupos de personas se detienen junto al agujero en que se ha de clavar el árbol, y siempre hay alguno que explica confidencialmente a un amigo los rituales misteriosos y bárbaros

(Pasa a la pág. 17)

demás. En este género de literatura encontramos las siguientes expresiones:

Hombres, dejad la maldad...

*Evitad el precipicio,
mis deudos y mis amigos
y vengan a ser testigos
de mi afrentoso suplicio.*

*Padres, por vuestros hijos,
velad en su educación
y evitaréis la ocasión
con cuidados tan prolijos,
pues que la prostitución*

*al crimen los llevará
y Dios os castigará
si dáis mala educación.*

*Pues la ley me ha castigado
por vivir a rienda suelta*

*Sirva, amigos, de escarmiento,
los que me venís a ver,
pues ya van a fenecer
mis maldades y mi vicio
en un terrible suplicio
donde fin he de tener.*

*Hombre que vienes a verme
por una curiosidad,*

*advierte que la maldad
este fin es el que tiene.
Si sacar partido quieres
de mi muerte, te aconsejo
que te veas en este espejo
y huyas la mala ocasión...*

Y para concluir, en la despedida de "El desgraciado Antonio Lozano", se lee:

*Adiós, hombres descarriados,
adiós, hermanos y amigos;
teman de Dios los castigos
y no seréis fusilados.*

(Viene de la pág. 2)

que ejecutan los danzantes: "¿Ves? Van a matar un pollo y rociarlo con aguardiente". También están allí las autoridades municipales. Me aseguran que el Alcalde está enfermo por culpa de las infinitas reclamaciones que le han hecho los turistas descontentos. Las maniobras del camión serán hoy aún más difíciles que los días precedentes, pues ha llovido, y las enormes ruedas patinan en la tierra pegajosa.

Al fin, el tronco ya está alzado, e Isidoro, descalzo y con un pañuelo rojo en la cabeza, empieza a trepar sobre él, como un pirata que escalará el mástil de un barco para enarbolar en él su pabellón.

Las cuatro de la tarde. Cielo nublado, y una breve llovizna de tiempo en tiempo. El calor es sofocante, y se siente uno como en un baño turco. Llegan los amigos danzantes y me cuesta quedarme seria viéndolos disfrazados con sus bellos trajes. Los curiosos botines de color amarillo anaranjado, muy puntiagudos, que llevan todos, y que me habían sorprendido desde el primer momento, resultan francamente extraños junto al pantalón de raso rojo. A las pocas palabras que me dice Isidoro, advierto que está algo bebido, y con verdadera emoción lo veo dirigirse a tomar otro trago a la pequeña cantina del lugar.

Al fin, cuatro danzantes comienzan a subir por el palo y cada uno va a sentarse a un lado del cuadrilátero. Manipulan durante largo rato las cuerdas, que acaban por atarse a la cintura. Le llega luego su turno a Isidoro. Nunca lo había visto tan *en forma*. Anda en verdad con mucho aplomo; ya está muy lejos de ser el obrerito humilde y feo. Se trepa con agilidad a las tablas que sostienen el tronco por la base; pide un cortaplumas,

E L V O L A D O R

con que se raspa los botines, sonriendo, y empieza a subir.

Ya en lo más alto, se sienta con mucha soltura en la diminuta plataforma. Arregla las cintas de su bonete para que no lo molesten y se pone a tocar el tambor y la flauta. Siempre sentado, se echa en seguida atrás, hasta tocar con la cabeza del cuadrilátero de madera. Se levanta y se inclina sobre el lado próximo, y así sobre los cuatro lados. El danzante que está bajo su cabeza cuando él se inclina, se extiende entonces sobre la tira de madera, que tiene diez centímetros de ancho, con la despreocupación de quien estuviera acostado en su cama. No puedo olvidar que se encuentran a 28 metros de altura, y siento vértigos.

Después de haberse inclinado hacia los puntos cardinales, Isidoro se pone de pie y baila acompañándose siempre con el tambor y la flauta. Da grandes taconazos, que resuenan a lo lejos, y se echa de pronto atrás con gran fuerza manteniéndose en un pie. Da saltos a gran altura sobre la plataforma. Se mueve siempre con la mayor desenvoltura. Al cabo de hora y media de danza, los hombres sentados en el cuadrilátero se lanzan al vacío y llegan a tierra girando alrededor del tronco como aves gigantes.

Es evidente que se trata de una danza simbólica y religiosa que debió estar fuertemente enlazada a un sistema de pensamiento desaparecido, acerca del cual sólo nos cabe hacer hipótesis. Para analizarlo, debemos por fuerza separarlo de su contenido vivo, que ignoramos, y así nunca lograremos otra cosa que hacer la autopsia de un cadáver.

Sin embargo, un fenómeno interesante de señalar — común sin duda a otras mani-

festaciones de la cultura indígena mexicana— es su puesto en la sociedad actual. Y es que sorprendemos esta antigua ceremonia en un momento de transición, que es importante captar. Después de siglos de vacío espiritual, llega a nosotros bajo una forma que, aunque asombrosamente pura, está como flotando en el aire, pues, desarraigada de las creencias originarias, no ha podido echar todavía nuevas raíces en la vida actual. No es imposible que algún día, a iniciativa de un dinámico empresario que asista por casualidad a ese espectáculo, el volador se modifique y se transforme en un número de circo o de cabaret. Entonces, cuando se le arranque definitivamente del pasado y se le integre en la vida actual, nadie se inquietará ya por averiguar su identidad.

Origen análogo podemos imaginar para muchas de nuestras diversiones. Tal o cual religión, prohibida a raíz de un cambio cultural, se encuentra de pronto al margen de una sociedad, en que nuevas creencias han venido a reemplazarla. El pensamiento destronado, aislado cada vez más, se va debilitando hasta ser una sombra de sí mismo, y muchas veces una caricatura de lo que fué en otro tiempo. Los ritos pierden el significado que los había hecho nacer, y prolongan su vida sin alma hasta el fin, o hasta que encarnan en un nuevo cuerpo de pensamiento. Es probablemente el camino seguido por el toreo. Ceremonia religiosa densa de significado, debió pasar por un largo período de crisálida después de haber caído en manos de quienes, al margen de la filosofía dirigente, quisieron continuar

honrando a dioses vencidos. Pero así separada del conjunto, una creencia, un ritual acaban, tarde o temprano, por morir. Hubo sin duda, en la corrida de toros, un momento de transición durante el cual estos juegos, vaciados ya de su carga simbólica, había pasado a ser marginal; es decir, que no lo practicaban sino unas gentes que estaban situadas en lo más bajo de la escala social y que lo conservaban por superstición: por ignorancia. Los que estaban en lo alto, cuando lo conocían, debían considerarlo como una reminiscencia bárbara. Si en ese momento un etnólogo, o cualquier otro detentador de la tradición, hubiese especulado sobre los orígenes del toreo, se habría sorprendido sin duda pues nadie conocía ya el significado de ese juego. Más tarde a alguien se le ocurrió algún día insertarlo en su propia sociedad, y el torero pasó, de aldeano desnutrido, a personaje mimado por las multitudes. La antigua ceremonia adquirió así nuevo esplendor.

Cuando el volador, que no puede desaparecer por su extraordinaria calidad, se transforme en número de circo, nadie pensará tampoco en sus antecedentes religiosos. El futuro Isidoro será un señor muy bien pagado, a quien rodeará la mayor admiración y los más exquisitos cuidados. Se le anunciará como ejecutante del número más peligroso, y en el instante en que llegue al extremo del palo —donde sólo permanecerá unos minutos, protegido por las redes— la orquesta dejará de tocar, y se hará alrededor del astro un silencio emocionante, subrayado por un redoble de tambor...

Cuando Isidoro bajó del tronco, la muchedumbre se había dispersado ya, y sólo unos niños se acercaron ruidosamente a él para hacerle bromas...